

Entrevista con Monseñor Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei

“SER PESIMISTA ES UN ERROR; DENOTA UNA AUSENCIA DE FE”

En una época cargada de desconcierto y contradicciones, el Obispo Prelado del Opus Dei reivindicó la actualidad del mensaje de la Iglesia Católica sosteniendo que ella no puede defraudar el afán por la verdad que sigue latiendo en el corazón de los hombres. A la vez consideró un error reducir la realidad social a los aspectos negativos como la crisis de la familia o la plaga del aborto.

Entrevista Enrique Etchevarren

Monseñor Javier Echevarría nació en Madrid hace 65 años y desde 1994 está al frente del Opus Dei. Desde entonces dirige la formación cristiana de más de 80.000 hombres y mujeres radicados en numerosos países.

La labor del Opus Dei es aplaudida por unos y criticada por otros, pero Echevarría sostiene que “es inevitable que se despierten polémicas”. “Quizá lo peor que nos podría pasar a los cristianos sería que el miedo a la contradicción nos paralizara”.

La parálisis no parece ser la principal preocupación para un Prelado del Opus Dei, ya que desde su fundación en 1928 ha extendido su labor apostólica a 52 países, entre los que figuran lugares y culturas tan distantes como Alemania y Japón, Filipinas, la India y Polonia.

El obispo concedió una entrevista a EL PAÍS en el mes de agosto pasado, durante una estadia de tres días en Montevideo. La entrevista tuvo lugar al caer la noche cuando finalizaba una intensa jornada de visitas a diferentes lugares de la ciudad donde miembros del Opus Dei llevan adelante labores apostólicas o sociales.

■ DEL SACERDOTE AL DOCTOR

El semblante de Echevarría trasunta serenidad, aunque habla rápidamente como quien tiene mucho que decir y no gusta de perder el tiempo. Tiene una mirada vivaz y una conversación que —saltándose los lugares comunes— imprime desde el principio un tono personal al diálogo.

Pregunta por la familia, por los hijos: “quiere mucho a tu mujer”; “empéñese en la educación de sus hijos, que son una bendición de Dios”; “a tus colegas periodistas díles que, si se equivocan alguna vez, no teman rectificar, la gente aprecia la honestidad de quien tiene el valor de reconocer sus errores”.

Pocas horas antes, había trasuntado el mismo estilo coloquial frente a varios miles de uruguayos en el Palacio Peñarol: sólo algunos comentarios iniciales para dejar lugar luego a preguntas de la gente. Y la gente preguntó y mucho. No le ahorraron temas, algunos polémicos otros desgarradores —como desgarrador puede ser la enfermedad de un hijo o la pérdida de un ser querido.

Al escuchar las preguntas y las respuestas recordé una anécdota que hace algún tiempo contaba un sacerdote, médico de profesión: “Cuando yo era joven y ejercía la medicina —no era cura todavía— la conversación con el paciente recurría a veces hacia terrenos personales y, de pronto, me decían: ‘Sabe, padre...’ Hoy, cuando estoy en el confesionario, muchas veces escucho que me dicen: ‘Sabe, doctor...’”.

La anécdota, llena de buen humor, reflejaba de algún modo la confusión que muchas veces acompaña al hombre contemporáneo en su búsqueda de una explicación a los temas que le angustian y para los que no encuentra respuesta.

—El mensaje cristiano cumple, por estas épocas, dos mil años de historia. Humanamente hablando es mucho tiempo. Sin embargo, contemplar la realidad puede conducir a la desazón; los valores evangélicos no parecen haber evitado que el dolor, la violencia y el mal sigan presentes en la Historia. ¿Es un error ser pesimista? ¿Cuál es su lectura de la Historia como Obispo de la Iglesia Católica y guía de miles de creyentes en numerosos países?

—Si, ser pesimista me parece un error. Y en un cristiano podría nacer, además, de una falta de fe en la Providencia divina. Jesucristo, que ha venido al mundo para traernos la salvación, no sólo es el Señor de la eternidad, sino también del tiempo; y todas las escaramuzas de la historia, por desconcertantes o incluso decepcionantes que sean, encierran una dimensión positiva: la victoria de Dios sobre el mal y sobre el pecado ya se ha dado con su Muerte en la Cruz y su Resurrección; y es también victoria para el hombre que vive de Cristo, redimido y asociado a su tarea divina. El optimismo es un signo distintivo del creyente. En situaciones de enfermedad, de pobreza, de injusticia, de persecución, lo mismo que en la salud y en el bienestar, los cristianos debemos procurar mantener siempre la paz y la alegría sabiéndonos hijos de Dios. En el pesimismo subyace una falta de entendimiento de lo que, para un discípulo de Cristo, es felicidad: son llamados bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia... Pero esto no ha de llevarnos al conformismo, sino que hemos de verlo como una llamada personal a la generosidad con Dios y con los hombres, nuestros hermanos.

■ MENSAJE "NUEVO" PARA CADA GENERACION

—Hablemos del Opus Dei. Como dijimos, hace veinte siglos que doce hombres emprendieron la tarea de llevar a todo el mundo el mensaje de Jesucristo. La Iglesia, continuando ese encargo, ha transitado por realidades políticas, sociales y cultu-

rales absolutamente variadas. ¿Cuál es el aporte nuevo del Opus Dei en una trayectoria tan vasta?

—El fundador del Opus Dei, predicando sobre la virtud de la caridad, comentaba que el "mandamiento nuevo" de Jesús —el amor al prójimo como El nos ha amado— sigue siendo "nuevo" porque, a pesar de sus dos mil años de vigencia, para muchos está prácticamente sin estrenar, y desde luego todos podemos y debemos mejorar en esta tarea de querer y servir a los otros. En el mismo sentido, recordar que todos los bautizados estamos llamados a ser santos es repetir lo que Jesús enseñó, pero a la vez es un mensaje "nuevo", porque esa verdad básica ha de asimilarse cada generación de cristianos. En la práctica, muchos todavía piensan que la santidad es sólo para una minoría de cristianos, y que es una meta inalcanzable en la situación de cada uno en el mundo. El Opus Dei, como parte que es de la Iglesia, hace eco a la llamada de Dios a todos los fieles cristianos: a la gente que trabaja, que vive con su familia y que, en definitiva, se siente en su sitio en medio del mundo, porque sabe que el mundo ha sido creado por Dios y ahí puede encontrar a Cristo e identificarse con El, iluminando con su luz el ambiente en que se mueve y, desde ese lugar, llegar por la caridad a todos los hombres.

■ "SIGNO DE CONTRADICCION"

—Aunque con menos intensidad que años atrás mucha gente considera al Opus Dei una organización elitista y no faltan versiones y artículos que lo pintan con ribetes casi tenebrosos. ¿Por qué una obra cristiana despierta polémica?

—La Iglesia entera, todos los cristianos, no sólo el Opus Dei, si queremos seguir los pasos de Jesús y trabajar por extender su Reino en este mundo, hemos de contar con ser "signo de contradicción". Es inevitable que se despierten polémicas. Quizá lo peor que nos podría pasar a los cristianos sería que el miedo a la contradicción nos paralizara. Gracias a Dios, las calumnias de elitismo no nos han detenido. Sociológicamente,

el Opus Dei —como la Iglesia, insisto, de la que es parte— es una realidad popular, porque su labor apostólica está abierta y llega de hecho a todo tipo de personas: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Las reuniones que he tenido en agosto en el Palacio Gastón Guelfi, que quizá usted haya presenciado, eran la imagen de esa variadísima realidad social del Opus Dei. Me removió mucho el tiempo que pude pasar, desgraciadamente poco, entre las personas que acuden a la escuela agraria Los Nogales y al CADI, donde van a estudiar y se atiende a campesinos y a habitantes de esa zona necesitada conocida como "Barrio Borro Chico".



—El Opus Dei promueve la búsqueda de la santidad en el trabajo de todos los días y en las acciones de cada uno en la vida ordinaria. ¿En qué consiste en la práctica ese mensaje y cómo se puede combinar con una vida laboral intensa y competitiva?

—Para santificarse en el trabajo es preciso, en primer lugar, santificar el trabajo, es decir, realizarlo con el espíritu de Cristo, con una finalidad trascendente: amar a Dios y, por El, amar y servir, sin egoísmo, a los demás. A la vez, presupone trabajar bien, con competencia y con intensidad, porque sólo entonces el trabajo profesional, el que nos ocupe, será algo digno de ser ofrecido a Dios. Esa vida laboral intensa y competitiva de la que usted habla, tan común en el mundo de hoy, no es obstáculo para santificar esas tareas.

sino un estímulo para trabajar humana y cristianamente bien. Una persona que busca la santidad en su trabajo —el que sea, repito: manual o intelectual— no se moverá por afán de éxito —que lógicamente llegará si lo acaba bien y con honradez—, sino por el afán de agradar y alabar a Dios, y de servir a los hombres. Y esto no se queda solamente en una disposición interior, porque tiene también manifestaciones externas: la ayuda desinteresada a los colegas, la rectitud moral en la profesión, la paz de quien ve en los demás, personas a quienes comprender y amar, y no competidores a quienes combatir.

—¿El Opus Dei dirige o interviene en la vida profesional de sus miembros?

—No. El Opus Dei sólo alimenta la vida cristiana de sus miembros, y alienta el esfuerzo personal de cada uno por amar con obras a Dios y al prójimo. En todo lo demás —decisiones profesionales, políticas, económicas, etc.— nadie recibe de la Prelatura ni la menor insinuación y, desde luego, cada uno es libre y responsable de sus opciones temporales; y en lo que se refiere a las opciones políticas, cada uno obedece las indicaciones que dé la Iglesia para todos los fieles.

—La sociedad actual reconoce la tolerancia como uno de sus máximos valores y ante múltiples problemas que cuestionan al hombre muchos se afilian a la total libertad de conciencia para decidir lo que está bien y lo que está mal. ¿Se puede conciliar la defensa de verdades de

—Me parece justo que la sociedad reconozca en la tolerancia uno de los pilares de la convivencia humana, si se entiende por tolerancia el respeto de las opiniones de los demás. Pero con frecuencia, con ese término se quiere dar carta de ciudadanía a un relativismo ético que pretende decidir subjetiva y arbitrariamente sobre el bien y el mal. Esta segunda actitud no es conciliable con la Fe de la Iglesia, ni tampoco con la dignidad natural de la persona humana, ni es fundamento válido para un estado de derecho.

sea un detalle, que respira paz y contagia alegría.

■ EL AFAN POR LA VERDAD SIGUE LATIENDO

—Cuando se habla de las dificultades para que las personas adhieran a la Fe Católica no son pocos los que alegan que su doctrina debe adaptarse a las realidades sociales. Se escuchan críticas a su posición sobre el divorcio, el aborto, los métodos de fertilización asistida. ¿Pueden esperarse cambios en esa posición?

—La Iglesia tiene por doc-

pacidad de ser sal y luz para los pueblos. Esta es la gran aventura cristiana: mantener con valentía su original novedad a lo largo de los siglos. Jesucristo es y será siempre lo permanente, y hacia Él vuelve el hombre los ojos cuando desea un

nas, precedida de otras que han preparado este camino a los que hoy viven el cristianismo. Y he visto, además, no sólo raíces sino frutos.



verdadero y justo orden social y personal.

Allá en Kazajstán

El Opus Dei fue fundado el 2 de octubre de 1928 por el sacerdote español, Josemaría Escrivá, reconocido "beato" por el Papa Juan Pablo II.

La expansión de su labor apostólica a países de todos los continentes ha sido constante ya desde los primeros años de su fundación.

Hoy existen centros de la Obra en 52 países y Monseñor Echevarría comentó en Uruguay que ese afán universal "nos ha hecho aprender geografía", recordando que algunos de sus hijos estaban comenzando su labor en Kazajstán. Desde 1990 la apertura del Este europeo ha hecho posible la radicación del Opus Dei en países como Lituania, Estonia, Eslovaquia, República Checa y Polonia.

■ EL PAPA RESPIRA PAZ Y CONTAGIA ALEGRÍA

—Usted reside en Roma; sabemos que tiene una relación muy directa con el Papa y que mantiene contactos frecuentes con él. ¿Cuáles diría que son las preocupaciones y anhelos de Juan Pablo II?

—El Cardenal Ratzinger, hablando con un periodista, declaraba hace poco, y yo también lo he experimentado, que basta acercarse un momento a Juan Pablo II para darse cuenta de que es un hombre muy de Dios: su anhelo no es otro que luchar sin descanso para ser santo y llevar muchas almas a Dios. A la vez, el Papa es consciente de que, habiendo sido puesto por el Señor al frente de la Iglesia, puede y debe hacer mucho por la paz y la justicia en el mundo y por el respeto de la dignidad del hombre, y también a esos ideales se entrega sin reservas. Añadiría, aunque

trina la de Cristo, que incluye la verdad natural sobre el hombre. Si —por un imposible— la modificara, haría traición al Evangelio y perdería su razón de ser. Pienso, más bien, que habría que formular la pregunta al revés: es la sociedad la que debe mirar la doctrina de la Iglesia sobre el hombre para acertar en la configuración, verdaderamente humana, de la sociedad civil; y en muchos aspectos es así: por eso, no se puede reducir la "realidad social" a sus aspectos negativos, como la crisis de la familia o la plaga del aborto. En la sociedad actual hay también muchos valores positivos: como en todas las épocas, en el corazón de los hombres late el afán por la verdad, un afán que la Iglesia no ha defraudado y ni puede defraudar. El mensaje de Cristo no es "moderno", es mucho más: es siempre "nuevo". Acomodarlos sin discernimiento a un estilo de vida imperante lo convertiría en "viejo", sin ca-

Raíces y frutos

—En el curso de su visita, usted recordó a los uruguayos un mensaje del Papa Juan Pablo II que hacía referencia a las raíces católicas de nuestro país y a la necesidad de actualizar la visión cristiana en nuestra sociedad. ¿Ese mensaje no choca con la realidad de una sociedad profundamente marcada por una tradición laicista?

—Es bien conocida esa tradición laicista de Uruguay a la que usted alude, pero también es patenté que las raíces cristianas de este país son mucho más antiguas y más hondas. He comprobado durante mi viaje que, gracias a Dios, se mantienen operativas y eficaces, y que surge una generación que reconoce su identidad en esas raíces cristia-

—Durante su visita a Uruguay sabemos que usted tuvo oportunidad de tratar a gente de los más diversos sectores y actividades. El uruguayo tiene fama de ser afable y respetuoso pero también algo distante en el tema religioso. ¿Encontró a los uruguayos inquietos por su vida espiritual o la colocan en un "segundo plano" en sus vidas?

—No sé si todos los uruguayos serán así, pero los que yo he visto —gente, en efecto, de todas las clases sociales— viven con claridad su fe que informa toda su conducta, o, cuando menos, buscan a Dios. Si, además, hay uruguayos con la fe amodorrada, cristianos fríos, pasivos, yo les animaría a aprender de esas personas que buscan a Dios de todo corazón, y estoy seguro de que —si le buscan de veras— lo encontrarán: su vida adquirirá un sentido trascendente, será la de antes, pero con un sabor y un enfoque muy distintos: optimista, emprendedor, de interés por su familia, su país, el mundo. Yo he aprendido mucho de la gente que he visto en este país.